

El desafío de la productividad y del desarrollo productivo en Chile

20



• Por Joseph Ramos

Gracias al notable avance tecnológico y científico desde la Revolución Industrial, el nivel de vida de los países desarrollados es hoy 25 veces mayor al de 1750; en Latinoamérica, 10 veces más. Para ello, la productividad –el hacer más y mejor con lo mismo- ha sido central.

Si bien el avance histórico de la productividad en Chile fue menor que en los países desarrollados, a partir de 1985 esta situación comenzó a revertirse. De hecho, nuestra productividad (total de factores) creció del orden de 2,3% anual entre 1985-1997, lo que convierte éste en nuestro período de “oro”. Sin embargo, en los últimos 15 años, nuestra mejora en productividad ha desacelerado en forma preocupante. Parte de la explicación se debe a la caída en la ley de nuestro cobre, un factor que no controlamos. No obstante, aún dejando la minería fuera, la productividad (total de factores) de los demás sectores ha desacelerado a 0,9% al año, lo que contrasta con el 1% de crecimiento en USA. En otras palabras, en lugar de irse reduciendo la brecha de productividad con los países desarrollados, esta brecha ha aumentado en los últimos 15 años, dejándola a menos de la mitad de la de los países en la frontera tecnológica (Estados Unidos, Europa y Japón).

Por mucho que Chile haya avanzado en los últimos 30 años, permanecen múltiples obstáculos para poder cerrar nuestra brecha de productividad. Hay frenos culturales (a la Max Weber), donde prima la cuna y la cuña en lugar del mérito y el esfuerzo; donde se tolera la mediocridad en lugar de exigir excelencia, más de lo mismo en lugar de innovación. Hay frenos institucionales (Robinson y Acemoglu) donde hay más énfasis burocrático en frenar y controlar que en promover y acelerar, y donde los controles son puestos principalmente ex ante en lugar de ex post. Hay frenos macroeconómicos (como en la coyuntura actual, donde las ventas no dan el ancho para copar nuestra capacidad instalada). Hay frenos estratégicos – por ejemplo, el desaprovechamiento de nuestro capital humano potencial debido a una calidad de educación mediocre, así como nuestra estrecha base exportadora, concentrada en unos pocos recursos naturales. Hay fallas de mercado, mercados insuficientemente

competitivos y mercados por profundizar (por ejemplo, la apremiante falta de crédito de largo plazo para las PYMEs, sobre todo para las nuevas empresas). Y, por cierto, hay políticas que faltan, otras que sobran, y prácticas empresariales, así como regulatorias, bien por debajo de lo requerido. La buena noticia es que, por lo mismo, hay mucho que podemos mejorar. En efecto, cada uno de estos frenos implica un campo de acción posible para mejorar nuestra productividad.

Dos son las fuentes principales de mejoras en productividad. Una es producir lo que hacemos en forma más eficiente, por medio de la incorporación de las mejores prácticas y tecnologías disponibles internacionalmente. La segunda fuente se origina en la creación de nuevas actividades para Chile, de mayor productividad, que vengán a suplantar actividades de menor productividad.

Examinemos la primera, hacer mejor las cosas que siempre hemos hecho. La única ventaja de un país de desarrollo tardío como Chile es que no tenemos que reinventar la rueda; que por un buen tiempo más podemos crecer en forma acelerada sobre la base de la identificación de esas tecnologías y mejores prácticas internacionales más idóneas para Chile, su imitación, adaptación y rápida difusión a todo el aparato productivo del país. Esta imitación inteligente, masiva y sistemática explica: 1) por qué Japón pudo crecer mucho más rápido que USA después de la segunda guerra mundial hasta alcanzar su PIB per cápita en 1990; 2) por qué los “Tigres Asiáticos” crecieron aún más rápido que Japón; y 3) por qué las tasas de crecimiento chino de los últimos 30 años hayan superado inclusive a las de los tigres. En efecto, mientras más lejos de la frontera tecnológica, una vez que se despega, mayor el crecimiento económico posible, pues se pueden saltar etapas de tecnología imitando la mejor práctica de última generación.

De hecho, sostengo que el avance notable de la economía chilena en los últimos 30 años se debe a que, por primera vez en nuestra historia, comenzamos a aprovechar esta ventaja de ser

un país de desarrollo tardío, la de poder copiar inteligentemente y adaptar las mejores prácticas y tecnologías disponibles en el mundo. Por cierto, requisitos para ello fueron el mejor manejo macroeconómico, la maduración de reformas liberalizadoras de años anteriores, la profundización de la apertura comercial, un mayor empuje empresarial, entre otros. Sin embargo, más allá de las reformas y buenas políticas que lo hicieron posible, fue la imitación inteligente de las mejores prácticas y tecnologías del exterior lo que explica el buen desempeño chileno de los últimos 30 años.

A título de ejemplo, pienso en el riego a goteo. No fue invento chileno, sino israelí, pero su introducción revolucionó nuestra agricultura, permitiéndonos cultivar intensamente secanos e inclusive cerros anteriormente pelados. Tampoco fueron inventos chilenos los malls o las tarjetas de crédito. Pero la introducción de estas innovaciones en Chile transformó nuestro retail y nuestro sistema crediticio.

Y que estemos aún a mitad de camino de la frontera tecnológica significa que podemos seguir disfrutando de tasas de crecimiento económico superiores a las de los países desarrollados. En efecto, ya que la productividad norteamericana crece del orden de 1% anual, la nuestra tendría que crecer al menos en 1,5% para ir cerrando la amplia brecha de productividad que aún nos separa de la frontera tecnológica.

Sin embargo, esto no se da en forma automática. Si fuera Chad o Haití serían las economías de mayor crecimiento del mundo. Si queremos ser del primer mundo y no primus inter pares del Tercer Mundo, tenemos que elevar la mirada hacia fuera, hacia las mejores prácticas de las empresas y países en la frontera tecnológica. No basta mirar al lado para ver si lo estamos haciendo bien en comparación con nuestros competidores locales. Tenemos que mirar hacia donde en el mundo se hace mejor, y compararnos con ese benchmark internacional de excelencia. En efecto, se trata de alcanzar productividades del primer mundo – que nos permitan pagar salarios del primer mundo –, y no de sobrevivir gracias a una competitividad trunca o espuria, basada en una mano de obra mal pagada.

La segunda fuente de grandes mejoras en productividad proviene del proceso de “destrucción creativa”, es decir, donde se crean nuevas actividades de alta productividad y van desapareciendo actividades de baja productividad. De hecho, el desarrollo de una economía pequeña y abierta como la chilena depende del ritmo de crecimiento de sus exportaciones. Sin embargo, después de un crecimiento cercano al 10% anual en volumen en los años 1985-1997, el crecimiento de nuestras exportaciones ha desacelerado a menos de 2% anual en la

actualidad. Si las exportaciones no vuelven a acelerar, será imposible elevar significativamente nuestra productividad, así como el crecimiento económico. Como no se vislumbra que nuestras exportaciones tradicionales, basadas en la extracción de recursos naturales, puedan crecer muy por encima de 2-3% anual, surge la pregunta ¿de dónde van a venir los impulsos a un renovado crecimiento en el futuro?

Mi convicción es que las mayores oportunidades para Chile están en desarrollar las industrias que naturalmente tienden a aglomerarse (“clusters”) en torno a los recursos naturales, agregando valor tanto en las industrias “aguas abajo”, de procesamiento de nuestros recursos naturales, como en las actividades “aguas arriba”, proveedoras de insumos, equipos, servicios e ingeniería para ellos. Este camino se asemejará al seguido por países actualmente desarrollados ricos en recursos naturales –como Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Canadá, Australia, Nueva Zelandia y USA en su momento– cuyo crecimiento fue a partir de sus recursos naturales y los “clusters” o complejos productivos que naturalmente tendieron a formarse en torno a ellos. En esos países, el proceso fue lento y espontáneo. En nuestro caso, se trataría de acelerar el proceso: hacer en 20 años lo que a ellos les tomó 100. No es voluntarista, pues se estaría yendo con el mercado y no en contra.

De hecho, ya hay “clusters” incipientes en torno a varios de nuestros recursos naturales (la minería, la pesca, la fruta, la industria forestal y el turismo). Por ejemplo, donde 50 años atrás casi nada de los equipos, sólo 40% de los insumos y apenas 10% de la ingeniería para la minería eran producidos en Chile, actualmente 25% de los equipos, dos tercios de los insumos y casi el 100% de la ingeniería son nacionales, y, en el caso de la ingeniería, ya exportamos servicios. Asimismo, en torno a la acuicultura se ha generado una importante industria tanto de alimentos para peces como de equipos para la pesca. No es ésta, pues, una estrategia ni de pasividad tecnológica, ni de voluntarismo.

No se trata de subsidiar y elegir así “ganadores”, sino de potenciar y acelerar las sinergias y tendencias actuales del mercado para que Chile pueda formar estos clusters en menos tiempo de lo que les tomó a los países desarrollados por vía espontánea. Lograrlo implica prospección estratégica y promoción blanda, que incluyan:

- 1) Identificar oportunidades de inversión en el cluster, en parte sobre la base de esas actividades que suelen encontrarse (o no) dentro de clusters maduros similares en países desarrollados, pues esa experiencia es sugerente. Por ejemplo, con más de un tercio de las minas del mundo en Chile, Perú, Bolivia y



Argentina, es enorme el potencial de fabricar equipos (camiones) especializados para ese mercado minero.

2) Seguir una política proactiva de atracción de inversión extranjera, priorizando empresas e industrias de estos clusters, pues serán éstas las empresas más proclives a instalarse en Chile y, ciertamente, serán las más interesantes para el país si nos ayudan a ir completando el cluster.

3) Co-financiar los estudios de factibilidad de empresas que estén considerando instalarse en estos clusters en Chile.

4) Releva la importancia de estos inversionistas, facilitándoles acceso a las más altas esferas de los ministerios económicos, y poner un ejecutivo chileno a su disposición para acelerar el proceso de conseguir permisos y servir como ventanilla única al respecto.

5) Co-financiar la capacitación (via SENCE) de los técnicos medios y trabajadores especializados necesarias para la instalación de nuevas empresas del cluster.

6) Priorizar la inversión en la infraestructura (caminos, puentes, energía, etc.) considerada más importante para el desarrollo del cluster.

7) Concentrar los escasos recursos públicos en Investigación y Desarrollo en proyectos de investigación relevantes para las industrias de los clusters.

Llamo esto promoción blanda pues, más que subsidiar nuevas industrias (elegir ganadores), se opta por focalizar los esfuerzos y recursos del Estado en áreas consideradas prioritarias. Esto, en lugar de diluir los escasos recursos por igual en todo el aparato productivo. Se trata, pues, de priorizar más que subsidiar.

La estrategia “nórdica” propuesta, la de promover nuestros clusters potenciales e incipientes, no da las espaldas a nuestra rica base de recursos naturales, si no que aprovecha nuestras

ventajas comparadas naturales en ellos pero las dinamiza. Además, habrá “espacio” para esta estrategia, pues este camino le es vedado a países como China y la India, por su escasez de recursos naturales y abundancia de mano de obra. Estos dos gigantes no podrán sino seguir el camino de iniciarse con industrias livianas, intensivas en mano de obra (contra cuyos bajos costos jamás podremos competir) en la esperanza de poder pasar posteriormente a industrias más complejas y pesadas. Tampoco significa que Chile no pueda desarrollar cierta industria “hi tech”. Sin embargo, creo que las mayores oportunidades para nosotros en este ámbito serán en la aplicación de “hi tech” a los clusters o complejos productivos en torno a nuestros recursos naturales.

En síntesis, una estrategia de desarrollo productivo para el Chile que viene requiere mejorar nuestra productividad, primero, “mirando hacia afuera”, a donde se hace mejor y, segundo, potenciando esas actividades nuevas aún faltantes en los clusters incipientes en torno a nuestra rica base de recursos naturales.

SOBRE EL AUTOR



Joseph Ramos

Doctor en Economía, Universidad de Columbia.

Bachelor of Science en Ingeniería Eléctrica, Universidad de Columbia.

Presidente Comisión Nacional de Productividad

Ex Decano FEN